

tidos, y retirar de la herejía á los que no habian aún abierto los ojos á la luz. Para atraerse mejor la confianza, su caridad estaba atenta á complacer á todos en todas las cosas, y en hacerles los servicios posibles, aún los mas extraños á su estado. Como habia estudiado en Pádua la jurisprudencia, y conocia el derecho civil, los que tenian entre sí alguna diferencia le tomaban por árbitro, y terminaba su pleito con frecuencia á satisfaccion de las partes. Por otro lado, como tambien habia adquirido en su juventud algunas nociones de medicina, le consultaban sobre los males que padecian, ó sobre las enfermedades que esperimentaban; les indicaba remedios para los casos fáciles, enviándolos á los médicos en los graves y dirigiendo luego la ejecucion de las prescripciones dadas por estos. Así se hacia amar y se conquistaba la confianza, viéndose en él al apóstol que se hace todo para todos, para ganar á todo el mundo para Jesucristo. Al mismo tiempo que se consagraba así al servicio de todos, evitaba cuanto era posible que le sirvieran, componiendo cuando era necesario sus vestidos con sus propias manos. Habiendo entrado cierto dia de repente en su cuarto, estando ocupado en este humilde trabajo, un caballero recién convertido para comunicarle un negocio, no pudo contener su admiracion al ver á un hombre de su clase y mérito abatido hasta ese punto. «No veo, respondió sonriendo, ningun inconveniente en componer lo que he roto yo mismo;» cuyo rasgo de humildad edificó de tal suerte al caballero, que declaró en lo sucesivo que nada como aquel hecho habia contribuido mas á afirmar la fe en su corazon (1).

Esta vida apostólica ganaba cada dia nuevos hijos á la Iglesia; y á medida que abjuraban la herejía, Francisco inscribia en un registro los nombres de los recién convertidos (2). Se informaba de su posicion, y si eran pobres, los enviaba al castillo de los señores de Blonay, que, al

(1) Carlos Aug., p. 160, 161.

(2) Carlos Aug., tabla de las piezas auténticas, n. 130.

mismo tiempo que proveian á sus necesidades temporales, trabajaban aún mas, con sus discursos y ejemplos, en fortificarlos en la fe. Estos dos virtuosos esposos eran sus principales auxiliares; y tanto por reconocimiento como por conservar esta poderosa ayuda de su apostolado, les pagaba en buenos oficios espirituales todo lo que ellos hacian por sus pobres. Iba á visitarlos con frecuencia, dirigia su conciencia, les administraba los Sacramentos, los animaba á la vida perfecta (1), y se complacia en mostrarles, en la union sagrada de Jesucristo y su Iglesia, la imágen de la union celestial que debe reinar entre el hombre y la mujer. Ellos por su parte correspondian con toda su alma á los esfuerzos de su celo, hasta el punto de que, para hacerse mas semejantes á Jesucristo, que no ha tenido nunca otra esposa mas que la Iglesia, y á la Iglesia, que no ha tenido mas esposo que Jesucristo, se prometieron mutuamente que aquel de los dos que sobreviviera al otro, no volveria á casarse, sino que entraria, si era él, en el sacerdocio, y si ella en una comunidad religiosa; promesa que no fué una de esas protestas que se hacen un dia para olvidarlas al siguiente. El convenio fué firmado al salir de una fervorosa Comunión, y habiendo quedado viudo el señor de Blonay, abrazó, conforme á la palabra que habia dado, el estado eclesiástico, en el cual se mostró un modelo de piedad bajo la direccion del santo apóstol, que no le daba otro nombre que el de hermano, deteniéndose siempre en su casa cuando sus escursiones apostólicas le llevaban á los lugares vecinos. En sus visitas al castillo del señor de Blonay, Francisco no limitaba su celo al jefe de la familia, sino que lo estendió á todos los de la casa, y sobre todo á los niños, á los que tenia particular placer en instruir, inspirándoles el gusto de la piedad. La menor de las hermanas, que se llamaba Amadea, le admiraba entre todos por su celo en oír sus instruccio-

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, cap. I.



nes y aprovecharse de ellas, en responder á sus preguntas y en aprender de él cánticos espirituales, y principalmente los que habian sido compuestos en honor de la Cruz de Annemasse. Se mantenía cerca del santo apóstol todo el tiempo que podía, con un íntimo sentimiento de veneración; y á veces, para contemplarle mas á su gusto, se ocultaba en algun rincón de su cuarto detrás de alguna cortina ó tapiz en frente de él, experimentando á su vista la misma impresion religiosa que hubiera tenido á la presencia de un ángel revestido de un cuerpo mortal, como ella con frecuencia contaba en lo sucesivo. Por su parte Francisco, augurando de esta niña lo que sucedió mas tarde, que sería un día una fervorosa y santa religiosa, la consagró todos sus cuidados. «Amo á la querida pequeñita tan tiernamente, escribía al señor de Blonay, como si fuera mi hija ó mi hermana; pero nuestras paternidades se diferencian en que el padre natural le dará el dote, y el espiritual le dará el empleo en el servicio de Dios.» Procuraba sobre todo inspirarle horror, tanto al pecado venial que resfria el amor que debemos á Dios y disminuye sus gracias, como, mas aún, al mortal, que le representaba como la venta de su alma al demonio, por efecto de una malicia profunda que da preferencia á la criatura sobre el Criador, y que, acompañado del deseo secreto de que Dios no conozca ó no castigue la falta, encierra por eso mismo un deseo implícito del aniquilamiento de este Soberano Ser. La niña aprovechó tan bien estas lecciones, que desde entonces tenia costumbre de decir que debíamos temer al pecado mas que á la peste, al rayo y al infierno mismo, siendo incomprendible cómo un alma formada á la imágen de Dios y colmada de sus dones, puede voluntariamente permitirse la menor ofensa contra su infinita bondad. Apenas tenia nueve años cuando, encontrando unos libros heréticos en casa de uno de sus vecinos, los llevó al santo apóstol, diciéndole con tono resuelto que era necesario quemarlos. Interrogada si habia tenido la curiosidad de leerlos: ¡Leerlos! contestó, ¡ah! mas quisiera ser

quemada que leer alguna cosa contra la Santa Iglesia católica apostólica y romana (1).

Mejor aún que el señor de Blonay, los Padres Capuchinos continuaron secundando poderosamente á Francisco en su mision; él, en cambio, los alentaba todos los días á esta grande obra con sus palabras y sus ejemplos. «Padres míos, les decia, sois enviados de Dios y del gran jefe de la familia nuestro Santísimo Padre el Papa, al cual he manifestado que la mies empezaba ya á madurar por todas partes, y se necesitaban obreros para la recolección; tened confianza en la gracia de Dios que os envia. Él os dará valor y os bendecirá.» (2) Entre todos estos religiosos brillaba en primera línea el Padre Querubin, predicador hábil, lleno de profundidad y de energía, hombre de una piedad eminente, apóstol infatigable, valiente, intrépido, pero con un celo que no titubeaba ante ninguna dificultad, rechazando de frente todos los obstáculos, que pudieran sobrevenirle. Este enemigo declarado de todo lo que no le parecia en orden, no habia podido tolerar que la iglesia de San Hipólito de Thonon sirviera á la vez á los católicos y á los protestantes; que la Misa y la cena, el sermón y la plática herética tuvieran lugar sucesivamente; y en el ardor de su celo habia trabajado tanto cerca del Duque de Saboya, que consiguió que los protestantes fueran á celebrar sus oficios á la iglesia de San Agustin, sin conservar otro derecho en la de San Hipólito que la de anunciarlos con el toque de la campana mayor. Este celoso Capuchino no pudo tolerar ni aun esto, y obtuvo del Duque que esta campana no sirviera sino para los católicos. Al saberlo los magistrados de Thonon temieron por el peligro que habia en llevar subitamente á ejecucion una medida tan irritante, y manifestaron que era preciso preparar poco á poco los espíritus, porque disgustarlos con un paso imprudente sería levantar tumultos, y dar origen quizás á grandes desgra-

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, cap. XXVI, p. 395.

(2) *Año Santo de la Visitacion*, 16 de setiembre.



cias. Pero el Padre Querubin no era hombre que entendiese de contemporizaciones, y quiso que se ejecutase sin tardanza. En su consecuencia, aprovechando un día que Francisco estaba ausente de Thonon, fué á la iglesia con el Padre Esprit y dos seglares, cerró las puertas, subió al campanario, cogió las cuerdas y las escalas, y esperó tranquilamente á que fueran los protestantes á tocar á su plática. Acuden en efecto, y encontrando las puertas de la iglesia cerradas las echan al suelo, suben derechos al campanario, y con gran sorpresa suya, no encuentran ni cuerdas para tocar ni escalas para subir. El P. Querubin se presenta entonces, y desde lo alto del campanario les anuncia que tiene en la mano una orden del Duque de Saboya, en la que espresa que las campanas no servirán en adelante sino para el culto católico; orden muy justa, porque no conviene que la misma campana sirva para anunciar la predicacion de la verdad y la del error. A este anuncio inesperado los herejes, exasperados y furiosos, se reúnen, corren á tomar armas, y pasando á vias de hecho, los unos disparan tiros al P. Querubin y al P. Esprit su compañero, felizmente sin acertarlos, otros ponen escalas para subir á lo alto; pero siempre estas escalas son derribadas por el intrépido capuchino y sus compañeros. Irritados por no poderse hacer justicia hablaban ya de derribar el campanario, cuando llega el Señor de Vallon, caballero protestante, que tenia mucha autoridad sobre los de su partido. Logra calmarlos con palabras llenas de moderacion, y luego, llamando en alta voz al P. Querubin, le ruega que baje. Este, en vez de acceder á su súplica, se asoma á una ventana, y presentando las órdenes del Príncipe, declara que apresurará su ejecucion, y que la sostendrá con peligro de su vida, si fuere necesario. Los herejes, contentos con la presencia del Señor de Vallon, se retiraron por el pronto, pero con una voluntad decidida de vengarse. En efecto, habiendo subido á su vez á la noche siguiente al mismo campanario, encienden una gran hoguera bajo la campana y la rompen á martillazos, despues de haber to-

mado la precaucion de envolverla en un paño, para disminuir el ruido de los golpes. Pero habiendo oido algun ruido á pesar de esta precaucion el P. Querubin, que siempre estaba alerta, asómase á su ventana, y reconoce que se habian introducido en su campanario. Al punto sale con el Padre Esprit y va á buscar al procurador fiscal, para que acuda á oponerse al crimen de los malhechores. Este retrocede ante esta proposicion, considerando imprudente ir en medio de la noche á desafiar á personas cuya audacia y violencia le constaban. El P. Querubin, que no conocia el miedo, insiste, insta, y logra llevarle como por fuerza. Así que los ven los herejes, los amenazan con aplastarlos á martillazos si suben, y les arrojan algunos tizones encendidos. El procurador fiscal atemorizado quiere retroceder, pero el intrépido capuchino, lanzándose el primero á la escala, «No temais nada, les grita, la Santísima Virgen nos protege, subamos animosamente, no podrán hacernos daño.» Suben en efecto y llegan sin accidente á lo alto del campanario, donde encuentran á los principales ciudadanos de Thonon reunidos, y la campana rota en varios pedazos. El procurador fiscal les intima á que se retiren y á que entreguen las llaves del campanario, y como ya habian hecho lo que querian obedecen sin resistencia, y al dia siguiente se resignan igualmente, en virtud de la orden que les es dada, á conducir en sus carros el metal de la campana rota al castillo de los Allinges, donde hacen otras campanas para el uso de los católicos.

De muy diferente modo obraba Francisco con los herejes, regulando la dulzura y la moderacion todas sus acciones y palabras. Un dia que habia explicado en el púlpito el testo del Evangelio: *Si alguno os hiere en la mejilla derecha, presentadle la otra* (1), un calvinista se le acercó descaradamente al salir de la iglesia, y le dijo delante de toda la gente: «Lo que acabais de decir será sin duda para que una mejilla no quede mas pálida que la otra. ¿Si os

(1) Matth. V., 39.



«diera ahora un bofeton ¿practicaríais lo que habeis enseñado, ó seríais del número de los que *dicen y no hacen?* (1) — Amigo mio, respondió Francisco, bien sé que «deberia hacerlo, pero no sé lo que haría, porque soy miserable y lleno de faltas: tengo confianza en la gracia de «Dios, que puede hacer de una caña una columna firmísima; pero si, infiel á la gracia, no sobrelleva cristianamente esta injuria, el Evangelio, en el lugar mismo que «acabais de citar, donde reprende á los predicadores que «dicen y no hacen, os enseña á hacer lo que ellos dicen y «no lo que hacen.—Pero, replicó el calvinista, el Salvador no presentó la otra mejilla al criado del Pontífice que «le dió una bofetada.—¡Os atreveréis á contar á nuestro «Señor, replicó el apóstol, en el número de los que dicen «y no hacen! No quiera Dios que tengamos semejante «pensamiento del que es el modelo de toda perfeccion. «Todas sus obras son perfectas, y no tenemos derecho á «censurarlas ni á pedirle cuenta. Sin embargo, es facil «concebir por qué nuestro Señor no presentó la otra mejilla: fué porque, abrasado por el celo de la salvacion de «este criado impío, quiso escitarle al arrepentimiento manifestándole su falta; pero en el curso de su pasion, practicó en grado eminente el consejo de presentar la otra «mejilla, pues que entregó ambas á las bofetadas y salivas, «como todo su cuerpo á los azotes y golpes.» (2)

El protestante se retiró satisfecho de esta respuesta; pero algunos católicos que estaban presentes no lo quedaron tanto, pues hubieran querido que Francisco hiciese sentir á este insolente, con una severa reprension, lo inconveniente de su lenguaje. El santo apóstol estaba muy lejos de ser de este parecer; y si las palabras de este hombre hubiesen sido aún más insolentes, las de Francisco no hubiesen sido menos dulces. Desaprobaba todo lo que podia herir por poco

(1) Matth. XXIII, 3.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, part. XIV, sect. XIX.—Carlos Aug., p. 165.

que fuera á los herejes, y nunca se permitia apostrofarlos con calificaciones injuriosas ó difamantes; jamás usaba con ellos, ni en el púlpito ni fuera de él, tono colérico de indignacion ó desprecio; y en vez de tratar de confundirlos refutando sus errores, procuraba ganarlos esponiéndoles, primero la verdad, luego la belleza del dogma católico, y mostrándoles la una y la otra con una dulzura y una bondad de palabras y de acciones que les probaba bien cuanto los amaba. Por mas acritud con que atacaran su doctrina, y por mas impertinencias con que trataran su persona, les contestaba con una tranquilidad sin igual, sin espíritu de disputa y de discordia, conforme á la máxima del apóstol: *Si á alguno le gusta disputar entre nosotros, que sepa que no es nuestra costumbre ni la de la Iglesia de Dios* (1). A todos les daba el título de hermanos, segun la práctica de los antiguos Padres, que daban este nombre á los herejes de su tiempo, porque decian: «Los protestantes «son nuestros hermanos, como cristianos y como hombres, «puesto que todos somos por el bautismo hijos de un solo «padre, que es Dios, y por nuestro nacimiento natural, descendientes de un padre comun, que es Adán; y además, «añadía, aquellos á quienes hablo son mis compatriotas y «conciudadanos, y hay entre ellos y yo una especie de «hermandad.» (2)

Algunos de sus colaboradores no aprobaban este modo de obrar, sino que pretendian que era necesario, por el contrario, tratar á los herejes como corazones incircuncisos, rebeldes á Dios, obstinados y tercos, como raza de víboras, como hijos del demonio, creyendo justificar con la Escritura estos rudos apóstrofes. Francisco intentó desengañarlos, demostrándoles que se obtiene mas de los hombres por medio de la dulzura que por la violencia, así como se cojen mas moscas con una cucharada de miel que con cien toneles de vinagre; que es necesario tener en cuenta el orgullo tan natural en

(1) I Cor. XI, 16.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, part. VII., sect. IX.



el hombre, y particularmente en los partidarios de una religion que, no reconociendo ninguna autoridad infalible, tiene por caracter propio el espíritu de soberbia; que toda palabra acerba, agria, escita y enfurece, en vez de convertir (1); y en apoyo de estas juiciosas reflexiones les citaba su experiencia. «No me he dejado llevar nunca de una acusacion ó de una invectiva sin haberme tenido que arrepentir de ello; si he tenido la dicha de atraer algunos herejes, la dulzura es la que los ha conquistado. El amor y el afecto tienen mas imperio sobre las almas que la severidad y el rigor, y aún que la misma fuerza de la razon.» Les citó en fin el ejemplo de Jesucristo, que, esceptuando algunos obstinados, á los que creyó deber reprender severamente, predicaba á todos su doctrina con una gracia y una suavidad incomparables (2).

Todas estas consideraciones no pudieron cambiar el parecer de sus colaboradores, convencidos de que Francisco se engañaba, y reunidos convinieron en que era necesario amonestarle fuertemente y darle una severa leccion, capaz de ilustrarle sobre el falso camino que seguia. En efecto, se hizo así; se le demostró que lo echaba todo á perder pensando que hacia bien; que su dulzura hacia creer á los herejes que los temia, y no servia sino para aumentar su orgullo; que el deber de un predicador era corregir á sus oyentes, y no adularlos; que en fin, atacándolos con fuerza se convertirian mejor que hablándoles con tantos halagos. El santo apóstol recibió estas demostraciones con grandes espresiones de respeto, afecto y gratitud, sin decir una sola palabra en su justificacion, bien convencido de que no podria desengañar á gente tan prevenida; «los cuales, decia mas tarde, eran como aquellos que, mirando á través de un cristal de colores, ven todo del mismo color que sus anteojos;» pero no permitiéndole su conciencia observar otra conducta, continuó predicando con

(1) Dep. de Bonard.

(2) La Riviere, p. 164.—Carlos Aug., p. 166.

su acostumbrada dulzura. Viendo aquellos que era incorregible, le denunciaron al Obispo de Ginebra, suplicándole le llamara á Annecy, porque, decian ellos, destruye mas trabajo en un dia que lo que podemos trabajar en un mes: predica mas como ministro que como sacerdote, olvidándose de su carácter hasta el punto de llamar á los herejes sus hermanos; cosa tan escandalosa que los protestantes hacen gala de ello, y prometiéndose atraerle á su partido, acuden en multitud á oír sus palabras melosas que lisonjean sus oidos, y su lenguaje de fraternidad, como si pudiese haber alguna sociedad entre la luz y las tinieblas, entre los hijos de Jesucristo y los de Belial. El Obispo conocia demasiado á Francisco para dar crédito á esta acusacion y condescender á la peticion; se limitó á dar á los denunciadores, que por lo demás sabia estaban animados de buenas intenciones, una respuesta benévola, en la que les recomendaba el espíritu de concordia y la mútua tolerancia. Esta era la leccion que Francisco les daba todos los dias; porque aunque se viera continuamente censurado y vituperado por ellos, les demostraba siempre el mismo interés, aplaudia todos sus trabajos, los alababa en todas ocasiones, y les atribuia todo el mérito del fruto de la mision.

Obligado á alejarse de ellos por algunos dias, y llamado á Annecy por negocios indispensables, el santo apóstol al cambiar de lugar no hizo mas que cambiar el teatro de su celo. Habiendo encontrado su querida ciudad de Annecy desolada con una enfermedad contagiosa que hacia los mayores estragos, se consagró enteramente al servicio de los apestados, trabajando dia y noche, hasta que él mismo fué atacado del mal. El dia 4 de enero de 1599 se apoderó de él una fiebre maligna tan violenta, acompañada de dolores tan agudos, que los médicos desde el principio desesperaron de su curacion: al saberlo todo Annecy quedó consternado; pero nadie lo fué tanto como el Obispo de Ginebra, que estaba entonces retirado en Ville-de-Salaz. En medio de su dolor se dirigió al cielo, pidiéndole con lá-



grimas no le arrebatara tan digno colaborador. El cielo escuchó su ruego; la enfermedad duró poco, y la curación completa fué tan pronta, que se creyó ver en ella un milagro. El mismo Francisco quedó tan admirado, que proclamaba en alta voz que las oraciones de su Obispo le habían sacado de las puertas de la muerte. Claudio Granerio, feliz con el restablecimiento de una salud tan preciosa, le prohibió espresamente se espusiera de nuevo por el servicio de los cuerpos, porque quería reservarle para el servicio de las almas, y unió á esta orden la de que volviera al Chablais así que pasara la cuarentena que prescribe el uso en tiempos de contagio (1).

El santo apóstol obedeció; el día señalado partió para Ville-de-Salaz, con el fin de ofrecer á su Obispo la espresion de respetuoso reconocimiento, y se dirigió de allí á Thonon, de donde habia estado ausente tres meses. Encontró los negocios de la religion en el estado más próspero: el establecimiento de los jesuitas, que habia pedido con tantas instancias al Papa y al Duque de Saboya, estaba ya muy activado; habiendo prometido el soberano Pontífice para sostener esta casa una renta anual de cuatrocientos escudos de oro de Italia (2): comprometiéndose el príncipe á dar todo lo demás que fuera necesario. Los padres jesuitas, en número de seis, trabajaban con ardor en convertir á los herejes, en afirmar y dirigir á los católicos, en predicar, confesar, catequizar en la ciudad y en los alrededores, y en fin, en enseñar la gramática á los niños (3). Entre estos Padres, todos dignos hijos de San Ignacio, se encontraban dos mas que ninguno notables, el P. Humæus y el Padre Foirier: el primero, venerado en todas partes como un santo, convirtió diez mil herejes en seis meses; el segundo,

(1) *Año de la Visitacion*, 4 de enero.

(2) Lo que equivaldría á cuatrocientos sesenta y dos francos, si el escudo de oro de Italia tuviese el mismo valor que el de Ginebra, pero creemos que valia mas.

(3) *Vida de Claudio Granerio*, p. 174.—Diccionario de Saboya, t. I, p. 187 y 382.

tan piadoso como ilustrado, mereció ser el amigo íntimo y el confesor del santo apóstol, dirigirle en su retiro para su consagración, recibir su confesion general, y tener, en fin, bastante autoridad sobre su alma para determinarle á publicar *La Introduccion á la vida devota*, como diremos mas tarde. A estas grandes cualidades unia un celo ardiente, sobre todo por la instruccion de los pobres, tanto que habiendo quedado ciego en su ancianidad, se hacia conducir por la mano á través de las aldeas, para catequizar á los habitantes de los campos.

Al bien que hacian los jesuitas se unian los grandes triunfos del P. Querubin durante la cuaresma, que predicó aquel año en Thonon. Este predicador, de voz fuerte y sonora, se hacia oír desde el lugar santo hasta en las casas vecinas, y los protestantes que no se atrevian aún á presentarse en la Iglesia, iban á escucharle secretamente á estas casas, atraídos por la curiosidad. Las verdades que habian oído germinaban insensiblemente en el fondo de sus almas, como la buena semilla, y echaba en ella raices; la reflexion la desarrollaba y hacia crecer, y poco á poco la fe se formaba en los corazones. Estas buenas disposiciones habian sido maravillosamente secundadas por una conferencia pública que tuvo por el mismo tiempo el P. Querubin con un ministro protestante, llamado Lignarius, alemán de origen y profesor de Teología en Ginebra. Los ministros de esta ciudad, avergonzados de no cumplir la palabra que habian dado de discutir públicamente sobre la religion con predicadores católicos, y juzgando que no habria para la discusion momento mas favorable que el de la ausencia del Preósito, su mas terrible adversario, habian enviado á Thonon á Lignarius, para que sostuviera allí contra los capuchinos una lucha en la que esperaban la victoria. La conferencia tuvo lugar el 14 de marzo, sobre los libros canónicos y sobre la autoridad que debe en materia de fe decidir del verdadero sentido de las Escrituras. Se habló por una y otra parte con mucha moderacion; dos secretarios habian escrito las objeciones y respuestas, y des-